

CONTENIDO

PRÓLOGO	5
CAPÍTULO I Daniel y el Espíritu de la Profecía..	7
CAPÍTULO II El Cuerno pequeño.....	19
CAPÍTULO III ¿Cuándo será el comienzo del fin del mundo y en qué cosas se cumplirá?	43
CAPÍTULO IV El fin del mundo	49

DANIEL Y EL ESPÍRITU DE LA PROFECÍA

Es el profeta DANIEL, quien tuvo no solamente la doctrina de la Profecía, sino además, las visiones en que habría de cumplirse.

Para su comprensión, es necesario suponer lo que sería de los hombres en el Universo de su conjunto, sin el Espíritu de Dios; tal como fue abandonado, en la expulsión del huerto, en el Edén.

Desperdigados, necesitan de una cabeza o espíritu que les guíe, o más exactamente, que los someta bajo su poder o autoridad; a lo cual llaman los hombres imponer la paz, sin importar las condiciones o el medio; lo cierto es que sin esta cabeza o finalidad que domine sobre ellos, la aglomeración de los hombres es imposible.

Contradijo la serpiente a Eva, a la mujer, que no era la muerte para sus hijos la consecuencia que vendría por comer del Árbol de la Ciencia, sino la Sabiduría.

Esta elección de la mujer, es lo que hizo a la criatura humana semejante a las bestias de la tierra, perdiendo frente a éstas la diferencia del Espíritu en Dios, del cual se hizo inconsciente; obligándose en consecuencia, a darse o a levantarse una cabeza de su propia sabiduría, de la cual dependen todas sus acciones.

¿Cómo entonces la Serpiente se comprometió al cumplimiento de esta promesa y cómo el Altísimo

Dios le permitió que tan sólo sería un dragón que alcanzaría siete cabezas en Siete Tiempos; y luego vendría su fin, cuando otra vez devolviera su Espíritu Santo a la criatura humana?

Esta es la doctrina de DANIEL, confirmada por San Juan Evangelista en el Árbol que, puesto "en medio" de la tierra, soñó Nabucodonosor. (Dn Cap. 4).

Evidentemente, se trata del Árbol Genealógico de la Humanidad, cuya semilla fue Adán; ¿cómo fue este sueño? Veía Nabucodonosor crecer un árbol plantado en medio de la Tierra, cuya altura alcanzaba la cima de los cielos y su vista los confines del mundo; para toda criatura había en él mantenimiento; poníanse a su sombra las bestias del campo; así como en sus ramas hacían morada las aves del cielo; y del mismo manteníanse toda carne.

Pero en el esplendor de su visión, vio descender un vigilante y santo, desde los cielos, que ordenó cortar el árbol, desocupar su ramaje, derramar sus frutos, echar las bestias que estaban a su sombra, y las aves que estaban en sus ramas.

Traía además el Ángel una instrucción precisa: la cepa del árbol debería quedar entre la tierra, con ataduras de hierro y de metal, para que fuese bañado por el rocío del Cielo y tuviese parte con las bestias en la hierba; e igualmente ordenó que su corazón de hombre fuese cambiado a corazón de bestia, hasta que pasaran sobre él Siete Tiempos; demanda ésta que fue interpuesta por los santos y su sentencia decretada por los vigilantes; hasta que

entendiesen los moradores de la tierra, que el Altísimo se enseñorea del Reino de los hombres; y que a quien Dios quiere, lo da, constituyendo sobre éste, al más bajo de entre ellos.

¿Qué es entonces, lo que pregunta en realidad el Profeta al Espíritu de Dios? Sin ambigüedad alguna, la pregunta no es otra que, ¿cuándo se devolverá la plenitud del Espíritu a la criatura humana? Y la respuesta no es otra que, cuando se completen las siete cabezas del dragón, en las cuales expresará su sabiduría al mundo, con las cuales lo sustentará, lo conducirá, lo controlará; es sobre cada una de éstas, que se han levantado los grandes reinos de la tierra para repartirse sus respectivas dominaciones; asimismo, éstas siete cabezas constituyen los Siete Tiempos del Árbol Genealógico de la Humanidad. (Dn 9.20-27).

Para no perder claridad en la interpretación de la Profecía, debemos recordar que nuestro tiempo comenzó con NOÉ; que estamos asistiendo al surgimiento y apoteosis de la séptima cabeza del dragón, con la cual ha de unificar al mundo bajo su dirección; así como ha de sustentar los diez cuernos del poder, más el cuerno pequeño, que se repartirán el mundo con la sabiduría de ella. (Ap 12.3; 17.7-13) (Dn 7.7-8).

Como DANIEL, San Juan Evangelista, no se preocupa en descifrar las siete cabezas de la Bestia que han sido el Espíritu de la Humanidad, abandonada ésta del Altísimo Dios; solamente su interés se concentra en la Séptima cabeza, del Séptimo Tiempo; por cuanto es ésta, la que habrá de dominar para la consumación de los tiempos.

Clasifica el Profeta DANIEL, mediante cuatro Grandes Reinos, lo que habrá de suceder al Arbol Genealógico de la Humanidad hasta los tiempos del fin, en que se restablecerá el Espíritu de Dios al hombre y su reino sobre la tierra para siempre.

Tuvo Nabucodonosor un sueño que olvidó, y solo a Daniel, por la gracia de Dios, que mora en la Luz, le fue dado recuperar tal visión.

Soñó Nabucodonosor una Gran Imagen de gloria sublime y aspecto terrible: cabeza de oro; pechos y brazos de plata; vientre y muslos de metal; piernas de hierro, y pies en parte de hierro y en parte de barro cocido de alfarero.

Estaba mirando Nabucodonosor, cuando "una piedra" fue cortada, no con manos de hombre, la cual hirió a la imagen en sus pies de hierro y barro cocido, desmenuzándolos; luego, todo lo restante de la imagen fue también desmenuzado y vino el viento y nunca más se les halló; pero la "piedra" que hirió a la imagen se convirtió en un gran monte, que llenó toda la tierra.